

parecer de otro. Y así nos va, que para parecer civilizados hemos dado en no discutir. Se dice que, como latinos, somos charlatanes, pero la verdad es que la afición a escuchar parece cosa de radioaficionados. Es cierto que sobre estas cuestiones hay pocos datos científicamente fiables y que ni siquiera la UNESCO ha tenido a bien hacer estimaciones. Cosas, tal vez, de aquellos españoles de la primera mitad del siglo que no sólo no tenían televisión, sino que en algunos casos consta que leían el Quijote.

Puestos a no escuchar, somos de lo mejor, y por eso los telediarios tienen que repetir tanto las informaciones. Así las cosas, la política tiende a convertirse en pura propaganda, y suele pasar que el que da primero da dos veces. Que esto se pueda padecer en lo que se ha llamado un proceso de convergencia con Europa es, indisolublemente, una muestra evidente de la conveniencia del proceso y de su imposibilidad.

Nuevos hábitos de discusión

Nos convendría converger con Europa por ver si mejoramos en la calidad de nuestras deliberaciones, en las modestas aplicaciones de la razón que explican tantas maravillas allende los Pirineos. Nos irá bien mejorar en cuestiones de orden, de respeto a los procedimientos, de claridad en los propósitos, de cálculo de esfuerzos. Pero sería mejor que nos entrenemos desde antes, porque nos pueden atropellar los holandeses o cualquiera otra especie de materialistas pesteros.

Necesitamos nuevos hábitos de discusión, urgentes lecciones de lógica aplicada. Tenemos que entrenarnos en la ardua disciplina que supone atenerse a la cuestión para no hablar de otra cosa que nos sabemos mejor o de lo duro que resulta que el Madrid haya perdido la Liga. En las reuniones en que se ha de decidir algo, debería estar tan mal vista la imprecisión como llevar la boina calada hasta las cejas. Atenerse a razones le quita parte de su encanto al soberano gesto decisivo, pero tiene otras ventajas que sería incongruente argumentar.

Una vez puestos en la senda de la decisión razonable tal vez podríamos pedir que nuestros líderes nos expliquen las alternativas de Maastricht, si es que las hay, y los motivos de sus entusiasmos y reservas; hasta podríamos tratar de conocer el texto del Tratado. Sería un poco tedioso, todo hay que decirlo, pero entonces lo de la convergencia comenzaría a ser cosa de coser y cantar y no de magia. ■

José Luis González Quirós es subdirector de NUEVA REVISTA.



Una sociedad cansada y falta de ideales.

UNA CULTURA SIN SUSTANCIA

Por Luis Marañón

EL compositor Luis de Pablo comentaba hace poco y con gran tino que la cultura española no está enraizada en el país. Además señalaba que éste es cobarde y mediocre desde el punto de vista intelectual: se conforma con aparentar, no con ser. Por último, destacaba el profundo desinterés que se siente por la herencia propia. Me gustaría levantar un poco el ánimo del músico amigo en los apartados que siguen. Pero no se si lo conseguiré, metido como estoy —como estamos— entre tanto espectáculo y tanto fasto brillante y costoso. ¡Hasta las huelgas en el sector público se han convertido en el carnaval anacrónico del trepidante

La cultura entendida como un modelo global genera masas de consumidores insolidarios y satisfechos... pero el producto a ofrecer no es cultura sino un mero trapicheo de intereses mercantiles

«show business» que se nos ofrece diariamente! En fin, tratemos de ver si convergimos o no con la nueva Europa, culturalmente hablando.

En la sociedad instantánea, todo es silencio

Estamos inmersos en la sociedad instantánea, donde las etiquetas y los eslóganes atraen mucho público y generan cuantiosos beneficios económicos a unos pocos, pero frecuentemente los mensajes mediáticos no corresponden a la dura y compleja realidad que nos circunda. En un contexto de general banalización y hedonismo, donde priman la exhibición de la violencia y el sexo duro y sin amor, todo tiende al esquematismo, a la reducción. No se hace más que mostrar una parcialidad interesada, dejando oculta la sustancia. Por sistema se eliminan los matices y se frustan las ansias de percepción profunda; se manipula y emascara la realidad, mostrando sólo el reflejo de lo superfluo que contiene la misma. Padeecemos el imperio de lo «light».

En este quehacer volátil y tornadizo suelen caer los políticos, los ideólogos, los creadores de cultura y, por supuesto, los publicitarios. Parecería que todos quisieran vender lo que no ofrecen y para ello nada mejor que comunicar el silencio total, por medio de la imagen incontestable y el ruido ensordecedor.

A lo que se ve, hoy, la cultura entendida como un modelo global genera masas de consumidores insolidarios y satisfechos... pero el producto a ofrecer no es cultura sino un mero trapicheo de intereses mercantiles combinados con trastos desechables en la temporada siguiente. Todo el «volkegeist» se va en las rebajas. Con el famoso eslogan de «España es diferente» se puso de manifiesto que más que un signo de identidad patriótica lo que se vendía era un patriotismo rampón y pseudoimperialista. Comparándolo con los que se manejan y explicitan en 1992, vemos que en España siempre hemos sido bastante proclives a la escayola pintada con purpura: muchos de nuestros símbolos culturales se magnificaron para trajar, con dignidad de hidalgo deshilachado, unos ídolos de barro y sin peana. Ahora estos trajes se ventilan con afectado desaliño y no menor frivolidad.

¿Es acaso España una nación inculta por antonomasia? ¿Se trata, tal vez, de que España tiene miedo a la cultura en libertad? Américo Castro caló en nuestro ser nacional como

EL MUNDO DE LA INFORMÁTICA

Por Joaquín Moya-Angeler

POR encima de cualquier repercusión puntual del ingreso de España en la Comunidad Europea, la principal consecuencia de nuestra integración comunitaria radica en el hecho mismo de asumir el reto de modernización y mejora competitiva al que está obligado el sistema económico español.

Si la creación del Mercado Único a partir del próximo año marca un importante compromiso de futuro, los acuerdos surgidos de Maastricht definen aún con mayor rigor el esfuerzo que debe realizar la sociedad española para participar al máximo en el proceso de integración europea. Nadie duda de la urgente necesidad de resolver los desequilibrios de nuestro sistema económico y de disminuir la distancia que nos separa de los países europeos más avanzados.

El Plan de Convergencia debe constituirse, antes de nada, en un marco de referencia destinado a estimular un desarrollo económico e industrial coherente, controlando para ello de manera prioritaria los problemas de inflación y déficit público.

La mejora de la competitividad de la estructura productiva española requiere un entorno capaz de favorecer el proceso inversor y las iniciativas empresariales. En último término, el tejido empresarial constituye el

motor básico de modernización y a él corresponde la difícil pero apasionante tarea de integrarse en unos mercados cada vez más complejos y selectivos.

Para el sector informático en particular, el proceso de convergencia no tiene en principio una repercusión directa en sus componentes básicos. Esta industria se caracteriza por su fuerte internacionalización y un esquema operativo basado en grandes empresas que desarrollan su actividad de manera prácticamente idéntica en todo el mundo, lo que hace de él un sector de enorme competitividad interna y con amplia experiencia en mercados globales.

Sin embargo, la estrecha relación existente entre el sector informático y el desarrollo conjunto del sistema económico vincula su capacidad de crecimiento a la dinámica general de la actividad productiva, por lo que el proceso de convergencia debería servir de impulso común. Además, el objetivo de aumento de competitividad que exige nuestro acercamiento a Europa tiene en las soluciones innovadoras aportadas por el sector informático uno de sus recursos más importantes. ■

Joaquín Moya-Angeler es Consejero delegado de IBM-España.

Américo Castro caló en nuestro ser nacional como pocos y dejó escrito un monumento histórico-literario: «España en su Historia»

pocos y dejó escrito un monumento histórico-literario: «España en su Historia». Se puede leer en el texto del maestro: «El español se aferró a sus creencias legendarias, religiosas y artísticas como ningún otro pueblo europeo; se encastilló en su propia persona y de ella sacó arrojo y fe para erigir un extraño e inmenso imperio colonial. Conservó sin mutaciones esenciales su lengua del siglo XIII y con ella forjó creaciones de arte dotadas de validez universal...» «...España no fue nunca una barbarie, sino una manera especial de existir, a destono con la Europa racional técnica...»

No es éste el lugar de ir desmenuzando el análisis de Américo Castro, si bien de él escojo cuatro frases que, en mi opinión, determinan el sustrato genérico de nuestra cultura: mitos y creencias propios, la lengua

formada, alma individual, el gesto y la metáfora. Pues bien, a pesar de todo este poso histórico-cultural lo que priva y está de moda en la sociedad española es copiar sin más la vulgaridad de los productos culturales que se fabrican en los estudios y talleres norteamericanos.

Entre el páramo y los frutos tardíos

Por otra parte, el concepto de «páramo cultural», del que habló José Luis Abellán, constituye la herencia próxima de un invertido, cerrado y excluyente sistema político que se empeñó en durar cuarenta años, gracias a que desde los poderes públicos centrales se dedicaban esforzadamente a iluminarlo y maquillarlo –la máscara, que diría Cioran– con el triunfalismo al uso. Se olvidaba que una «cultura real», no admite la imposición y el dirigismo de una «cultura oficial», por anodina o retórica que ésta sea.

Es harto conocido que nuestro terruño, de suyo vario y regional, siempre se ha mostrado proclive a los frutos tardíos,

Lo malo del contenido y tono de ciertas formas verbales es que suelen venir acompañadas por conductas de igual talante

según término de Menéndez Pelayo, y a las frases anticulturales por antonomasia. Ejemplos de estas últimas quedan al alcance de la mano: las no tan lejanas –mueran los intelectuales y abajo la inteligencia– y la más cercana –más deporte y menos latín–, brillan como paradigmáticas piezas de nuestro peculiar y excéntrico catálogo. Lo malo del contenido y tono de ciertas formas verbales es que suelen venir acompañadas por conductas de igual talante. En nuestro país, sin lectores de libros y periódicos –una epidemia nacional como tantas otras– se está produciendo una explosión de subculturas –deporte masivo, telenovelas, prensa del corazón, etc.–, como sustituto de la cultura real.

Todo parece indicar que continúa viva la idea de que hay que mantener a raya el hecho cultural crítico por aquello de «la ventana manía de pensar», definición lapidaria que continúa incardinada en las actitudes vitales y en el diario comportamiento de grandes sectores de la sociedad española, exclusivamente volcados en la posesión de cacharros de toda suerte que validen el ascenso social y económico recién logrado.

CONSECUENCIAS DE LA UNION MONETARIA

Por José Hervás

LA creación de la Unión Monetaria Europea que tendrá lugar entre 1997 y 1999 fue aprobada en la cumbre de Maastricht en diciembre del pasado año, estableciéndose las condiciones necesarias que deben cumplir los países para entrar a formar parte de esta Unión.

Las consecuencias que la Unión Monetaria Europea tendrá en los distintos países se resumen de la forma siguiente. Las ventajas son de dos tipos, en primer lugar, la eliminación de las incertidumbres en lo referente a los tipos de cambio y la eliminación de los costes de transacción entre las distintas monedas europeas, lo que incrementará los movimientos de capitales y los flujos de inversión entre los distintos países, y en segundo lugar una mayor estabilidad monetaria y cambiaría que favorecerá un crecimiento estable en el futuro. El coste reside en la pérdida de la soberanía en los distintos países.

Pero el problema surge cuando nos pregun-

tamos acerca de *cómo va a repartirse entre los distintos países europeos el fruto de este proceso*. Parece evidente que todas las naciones deben participar de los resultados positivos derivados de la integración económica europea, de forma que no queden áreas marginadas sometidas a un empobrecimiento relativo porque ello, aparte de otras consideraciones, pondría en peligro la solidez de la propia unión. En este sentido, es necesario que entre todos los Estados miembros de la Comunidad Europea se produzca una «cooperación inteligente» con el propósito de corregir los posibles efectos negativos que para algunos países pudieran derivarse de la creación de la Comunidad.

Pero en un proceso como el europeo, las consideraciones económicas no son las únicas que tienen importancia. También las políticas. Y ello es lógico puesto que desde que se decidió caminar hacia la unión monetaria se estaba afectando a la soberanía de los Estados miembros y ello se tradujo necesariamente en un problema de clave política. Por eso no quedó más alternativa que explicitarlo: la unión monetaria reclamaba una

Unión Política Europea. Y aquí lógicamente comenzaron a surgir los alineamientos. Hoy la Comunidad se debate entre los partidarios del libre cambio y los que buscan el modelo federal europeo. Entre los que abogan por un mercado único abierto al mundo, en donde exista la libertad de circulación de personas, bienes y servicios, pero sin estructuras centralizadas, y los que creen que esas estructuras son necesarias para que Europa pueda tener una capacidad de decisión rápida, que es lo que permite jugar un auténtico papel de importancia en el mundo.

España no sólo ha sido proeuropeista sino que la política económica y el gran tema nacional de los últimos años ha estado prácticamente monopolizado por una frase: la integración y convergencia con Europa. Todos nuestros esfuerzos han ido encaminados a conseguir ese objetivo. Sin embargo, este fervor europeísta no se corresponde con un auténtico debate nacional acerca de las ventajas e inconvenientes de un proceso de integración política europea.

No cabe sorprenderse, por tanto, de que nuestra sociedad haya sido autora de dos inventos originalísimos: la Universidad sin libros—sólo hay 8.000 bibliotecas, en total; «tocamos» a 0,53 libros por biblioteca pública y a 14,9 ejemplares por alumno en las universitarias—con lo que las tareas académicas se desarrollan con apuntes en millones de fotocopias; y la cultura de la litrona, ejemplar subproducto juvenil de confraternidad laica de pasotas, desencantados y herederos de las manipuladas «movidas», gracias a cuyos reclamos miles de jóvenes toman las calles los fines de semana en tribus interminables y alborotadoras.

Paralelamente a estas pautas culturales surgen otros comportamientos que adquieren el rango de estable permanencia: la videocamania, los vídeo juegos, la tele a toda pastilla y la incapacidad manifiesta para la convivencia razonada mediante fórmulas asociativas. Aun cuando es perceptible la vitalidad actual de la sociedad española y la tímida aparición de asumir riesgos, el discurso cultural que subyace como un acné en actitudes y comportamientos aparece todavía estrechamente asociado a la noción de una «cultura de seguridad», con



Cierta música aturde hasta la exasperación.

Los efectos que la Unión Monetaria europea tendrán en el sistema financiero, serán mejores que los producidos con la formación del Mercado Único. Efectivamente, la existencia de un banco único, una moneda única, una política monetaria única para toda la Europa comunitaria, no requiere unos esfuerzos de adaptación como en el caso de la formación de un espacio financiero único, que se traducirá en un fuerte incremento de la competencia, lo que ha llevado a una fuerte reestructuración del sector. Esto implica estrategias que han abarcado, en algunos casos, fusiones y absorciones, pero todas ellas encaminadas a aumentar la eficiencia de las entidades financieras, pues sólo las entidades financieras más eficientes subsistirán en un entorno cada vez más competitivo.

España, que únicamente cumple uno de los requisitos requeridos para incorporarse a la Unión Monetaria, hace necesario la realización de un plan por el gobierno que permita que nuestro país pueda incorporarse a la Unión Monetaria.

Este plan de convergencia ha sido presentado y aunque los objetivos son loables, algunas medidas deben ser concretadas e incluso mejoradas. Aun que el tiempo juzgará si estas medidas han sido o no las adecuadas.

No es intención realizar aquí un análisis de este plan, sino de establecer las ventajas que desde el punto de vista empresarial supone la Unión Monetaria Europea. Aun así, creo que es importante resaltar tres requisitos fundamentales para que cualquier plan tenga éxito: el primero es que es necesario que los objetivos marcados sean realistas y alcanzables, pues de lo contrario, puede surgir una desmoralización de los distintos agentes económicos y sociales los cuales pueden desarrollar medidas para compensar esas desviaciones. En segundo lugar, es necesario que el plan surja del consenso y compromiso entre los distintos agentes económicos y sociales, lo cual debe plasmarse en un conjunto de responsabilidades concretas. En tercer lugar, es necesario tener en cuenta que la Unión Monetaria no constituye un fin en sí mismo,

la consiguiente afición a las becas y subvenciones de carácter permanente. Las reiteradas llamadas a que el «padre Estado» arregle las cosas—todas, pero, en primer lugar, las propias—reflejan con nitidez el apego a una cultura de seguridad y acrítica, con olvido de que la vertebración de la sociedad civil exige como paso previo un cambio profundo de las mentalidades. O como dijo Alberto Moravia: «para ganar dinero hace falta esfuerzo, pero para gastarlo lo que hace falta es cultura». Colgar una litografía de Tápies en la pared del comedor, asistir a un concierto en el Auditorio o visitar una exposición de pintura revelan que se está en la «onda cultural» pero no es señal inequívoca de que se tiene cultura: esto último lleva más horas y mucho más esfuerzo personal. La cultura es decantación en el espacio y en el tiempo.

La cultura en la democracia

A partir de 1975, los españoles hemos comenzado a respirar políticamente, si bien las bocanadas de aire fresco salen por el

sino un medio necesario para alcanzar los niveles de vida y bienestar que existen en los países comunitarios. Es decir, la convergencia con Europa no debe limitarse a una serie de variables macroeconómicas sino que debe ser una convergencia en el modelo sociedad que nos acerque a las pautas de comportamiento de las sociedades europeas más desarrolladas.

El plan de convergencia afectará en mayor medida al sector real de la economía que al financiero, en la medida que se incrementen las reformas estructurales, que lleven a una reducción de las regulaciones que existen en determinados sectores y mercados como el laboral, a la vez que se incrementan los gastos de infraestructuras y se reduzcan las necesidades de financiación del déficit público. Además la Unión Monetaria favorecerá la expansión internacional de las empresas. ■

José Hervás es director de Comunicación de Banesto.

momento a trancas y barrancas, quizá por falta de costumbre y algunas veces, con más pena que gloria. Se percibe que a nivel de poder el clima de intolerancia intelectual no ha desaparecido del todo y se sigue pensando, tal vez por miedo a perder la poltrona o por la chillona confusión del medio ambiente, que la cultura es cosa de imposición, de consignas, de etiquetado por decreto, de coacción subliminal y, desde luego, de ausencia de crítica. La crítica al poder todavía se tolera mal, seguramente porque a éste le cuesta admitir el que la cultura no tiene nada en común con la propaganda política. Por encima de cualquier cosa, la cultura se trata de una aventura en libertad para la libertad; para la libertad y en la diversidad. El cambio político-social, impulsado por la transición política, debería haber exigido el poner el acento en la pluralidad, en la posición del opuesto y en la libertad a prueba de bomba. Hoy algunos siguen creyendo que la «movida madrileña», claramente impulsada desde el poder, es la «gran creación cultural de la democracia», olvidando que los grandes y auténticos acontecimientos —culturales o no— llegan «sobrescrite patatas de palomas», como dijo Nietzsche.

Aun cuando la Constitución de 1978 haya desempeñado el papel de gran ola —democrática y plural— que barre las redes y los anzuelos de la superficie, todavía queda por operarse el que se cimiente el fondo adecuado

El cambio político-social, impulsado por la transición política, debería haber exigido el poner el acento en la pluralidad, en la posición del opuesto y en la libertad a prueba de bomba

para una fecunda creación cultural. En este punto no conviene silenciar que el creador cultural ha sido y es un «raro» que reprueba tanto la tutela como la imposición venidas de los poderes públicos: es un ave tan rara que, para dibujar su vuelo sólo necesita el aire libre y, por supuesto, su propio talento. Las consecuencias de considerar al creador cultural como un heterodoxo, como un peligro en potencia, de tratarle con vejación y despre-

cio, y de estimar la crítica constructiva como una incitación a la subversión y al desorden, continúan estando a la vista de todos y antes que a nadie a los que lo padecieron en sus propias carnes durante el Régimen político anterior.

No sólo los creadores culturales y los intelectuales, sino, también, la sociedad entera necesita contar con una cultura sólida y propia, asentada en la variedad, en la crítica, en la libertad y abierta al mundo. Es un derecho inalienable al que los ciudadanos no pueden, ni deben renunciar. Sánchez Ferlosio lo ha dicho recientemente a su modo: «lo que hace que continuemos escribiendo es una especie de obstinación desesperada».

Entre chiringuitos y postmodernos

Para pulsar y enmarcar la situación actual de la cultura española hay que partir de unos cuantos datos fundamentales: las mudanzas, de todo orden, acaecidas en la sociedad, han sacado a la luz los trapos de las insuficiencias culturales, particularmente en lo atañadero a la técnica y a la ciencia; el Estado —en su versión central y autonómica— provee la mayor parte de la oferta cultural, ha hecho un esfuerzo considerable en el asunto de los museos, si bien su acción peca de interven-

SECTOR DEL AUTOMOVIL: ESPAÑA, PREPARADA

Por Juan Antonio Díaz Álvarez

La industria automovilística española es uno de los sectores que mejor preparados están de cara al mercado único de 1993, tal y como queda plasmado en los resultados de 1991. España produjo en el ejercicio pasado 1.943.000 vehículos, lo que supone un incremento del 1,4% con respecto al año anterior. En lo referente a las exportaciones, el mercado español destinó al exterior 1.370.839 automóviles, un 15,9% más que en 1990. Con estas cifras, España se ha convertido en el quinto productor mundial, superado tan sólo por Estados Unidos, Japón, Alemania y Francia. No obstante, desde el punto de vista macroeconómico, sí es necesaria la adopción de un Plan de Convergencia Económica.

Los objetivos marcados en el Plan definido por el Gobierno son básicamente acertados,

lo difícil es su realización y cómo ofrecer propuestas concretas que solucionen los problemas que surjan en su ejecución. Recortar el déficit público hasta un 3% del Producto Interior Bruto (PIB), rebajar los tipos de interés, colocar la peseta en la banda estrecha del Sistema Monetario Europeo (SME) y reducir la presión inflacionista son tareas nada sencillas, cuya realización puede generar nuevos problemas, sobre todo en el ámbito laboral.

¿De qué forma puede afectar este Plan al sector del automóvil? El recorte del déficit público es beneficioso, desde el punto de vista de cualquier sector, siempre y cuando no se perjudique a los más desfavorecidos, ya que esto enriquecería el ámbito laboral. Sería necesario establecer mecanismos de control sobre los gastos de las administraciones públicas.

Una reducción gradual de los tipos de interés aumentaría la actividad empresarial, al propiciar mejoras en las condiciones crediticias. Por otro lado, también sería un estímulo de cara a los mercados bursátiles españoles.

Con respecto al tercer punto, SEAT siempre se ha mostrado a favor de la reducción de la fortaleza de la peseta, ya que esto conlleva enormes ventajas de cara a la actividad exportadora. Una peseta en la banda estrecha del SME supone mayor competitividad en el exterior.

Para reducir la inflación, la administración central está pensando en una reducción de los aumentos salariales. Esto provocará notables problemas en el sector industrial, tanto de cara a los trabajadores, que verán reducido su



Con frecuencia, la técnica desplaza al arte creador.

poder adquisitivo, como para los empresarios, que podrían presenciar una caída de sus ventas. De ahí que también sea necesario definir medidas correctoras de estos problemas.

El logro de los objetivos del Plan de Convergencia requiere enormes esfuerzos por parte de la economía del país, por lo que todos los sectores tendremos que aportar nuestro grano de arena para colocar a España entre los principales países comunitarios y ayudarlo a solucionar los obstáculos que se presenten. En SEAT, estamos convencidos de que ya no se puede hablar de la economía a nivel español, sino europeo, por lo que es necesario un Plan de Convergencia. ■

Juan Antonio Díaz Álvarez es presidente de SEAT.

cionismo y protagonismo; y, por último, la década de la transición ha abierto la posibilidad de nuevas fórmulas financieras de colaboración cultural —vía fundaciones, vía patrocinio directo, vía inversión conjunta—, sin embargo, continúan estando mal enfocadas, por mor de una desconfianza fiscal congénita, incrementada por unos gastos corrientes desbocados que no hay modo de cubrir con los impuestos que se recaudan.

Hay que convenir en que la feria de vanidades mutuas, la tentación del chiringuito y la subvención al amiguete no pasan de ser eufemismos culturales: más aún conforman un subproducto cultural, la mayoría de las veces cultivado en los invernaderos del oportunismo electoral. Tampoco hay que escandalizarse

demasiado de estas cosas porque el sustrato cultural de este país es, lamentablemente, de escasa consistencia y de poco espesor, y la «democracia consumista» se ha instalado, por medio de un parto sin dolor, a sus anchas. En ocasiones precedentes, los cambios se sustentaban a tiros; ahora con exposiciones y conciertos monumentales. Algo —yo diría bastante— se ha avanzado. Con todo, el hilo intervencionista y tutelador del Estado en materias culturales viene de muy lejos: la Ilustración española —ese movimiento es espiritual, pero minoritario, al decir del profesor Domínguez Ortiz— trató de hacer compatible la especulación con la verdad revelada, aplicando para ello una serie de recetas administrativas de claro signo controlador: el teatro, los bailes de máscaras y las Reales Academias quedaron sujetas al poder Ilustrado. Y me pregunto: ¿es necesario un Ministerio de Cultura —el gran invento de Malraux gaulista— cuando el propósito es potenciar al máximo la vertebración de la sociedad civil?

El bienestar material básico va unido al nivel cultural de las sociedades; y el papel del Estado, en materias culturales, debería limitarse al de «animador cultural» en un marco de libertad total a la hora de crear y organizar las cosas de la cultura. Sería de agradecer un continuo e importante incremento de los presupuestos públicos en infraestructuras culturales —red de bibliotecas, principalmente— pero ahí debería quedar la acción pública. Por lo demás, sigue vigente la tendencia dirigista a dotar y gestionar los fondos culturales —en ámbitos nacional, autonómico y local— con criterios partidistas y de manera ineficiente y un tanto despilfarrador, sin que el acervo cultural real de la sociedad española se beneficie de ellos.

Mucho me temo que las palabras de Juan de Goytisolo definen con lucidez la realidad cultural que vivimos: «Todo es el reino de las trivialidades, de la manipulación o el consumismo a ultranza». En realidad, la sentenciosa frase del escritor catalán viene a sumarse a lo que nos enseñó Ortega y Gasset cuando afirmó que «una vida sin cultura es una vida manca, fracasada y falsa». A la cultura —como a la sociedad— hay que dejarla vivir en libertad para que genere su propia y específica sustancia. La mimesis norteamericana que se propicia podrá salir bastante barata, económicamente hablando, pero resulta, a medio plazo, muy costosa y algo muy ajeno a nuestras señas de identidad. Esta desbaratada americanización se está encargando de barrer de nuestro mapa cultural la herencia y las tradiciones recibidas durante laboriosos siglos. ■